

XXV

El filtro

Como lo había predicho Lorenza, era madama Dubarry la que acababa de llamar á la puerta.

La bella cortesana había sido introducida en el salón, y aguardaba á Bálamo hojeando un libro muy curioso sobre la muerte, grabado en Maguncia, y cuyas láminas, dibujadas maravillosamente, representan la muerte presidiendo á todas las acciones de la vida del hombre, esperándole á la salida de un baile en que acaba de estrechar la mano de su amada, atrayéndole al fondo del agua en que se baña, ó escondiéndose en el cañón de la escopeta con que va á cazar.

Madama Dubarry estaba examinando una lámina que representa una mujer arrebolándose y mirándose al espejo, cuando Bálamo empujó la puerta y fué á saludarla sonriéndose con el rostro radiante de felicidad.

— Perdonadme, señora, el que os haya hecho aguardar, pues había calculado mal la distancia, ó no conocía bien la velocidad de vuestros caballos, y os creía aun en la plaza de Luis XV.

— ¿Cómo es eso? preguntó la condesa. ¿Conque sabíais que yo venía?

— Sí, señora; hace como unas dos horas que os he visto en vuestro retrete tapizado de azul, dando órdenes para que enganchasen los caballos

— ¿Y decís que estaba en mi retrete tapizado de azul?

— Bordado de flores de colores naturales. Sí, condesa, y recostada en un sofá. Entonces se os ocurrió una venturosa idea, os habéis dicho: vamos á ver al conde de Fénix, y tocasteis la campanilla.

— ¿Y quién entró?

— Vuestra hermana, condesa, ¿no es así? Y la rogasteis que transmitiera vuestras órdenes, que fueron al punto ejecutadas.

— En verdad, conde, que sois un brujo. ¿Miráis de ese modo en mi retrete á todos los instantes del día? porque ya comprendéis que en tal caso será preciso que yo esté alerta.

— ¡Ah! no tengáis cuidado, condesa, porque sólo miro cuando están abiertas las puertas.

— ¿Y al mirar por las puertas abiertas, habéis visto que pensaba en vos?

— Ciertamente, y que pensabais con una buena intención.

— ¡Ah! tenéis razón, querido conde; abrigo respecto á vos las mejores intenciones del mundo; pero confesad que merecéis más que buenas intenciones, vos tan bueno y tan útil; vos que parecéis destinado á hacer el papel de mi tutor, es decir, el papel más difícil que yo conozco.

— En verdad, señora, que me hacéis muy dichoso. ¿Conque he podido seros útil en algo?

— ¡Cómo!... ¿Sois adivino y no adivináis?.....

— Dejadme al menos que tenga el mérito de ser modesto.

— Sea así, mi querido conde; y por consiguiente voy á hablaros de lo que he hecho por vos.

— No lo permitiré, señora; al contrario, os suplico que hablemos de vos.

— Pues bien, mi querido conde; principiad desde luego por prestarme esa piedra que hace á una invisible, porque, á pesar de la rapidez de mi carrozmecha parecido ver en mi viaje á uno de los lacayos del señor de Richelieu.

— ¿Y qué hacía ese lacayo, señora?

— Seguía mi carruaje con un postillón.

— ¿Qué pensáis de esa circunstancia, y con qué objeto creéis que ha mandado seguiros?

— Con el de jugarme alguna pasada de las que acostumbra: por modesto que seáis, señor conde de Fénix, debéis conocer que Dios os ha dotado de bastante mérito para poder causar celos al rey... con mis visitas á vuestra casa, ó con vuestras visitas á la mía.

— El señor de Richelieu, señora, respondió Bálamo, no puede ser peligroso para vos en ninguna ocasión.

— Pero lo era, querido duque, antes de haber sucedido lo que sucedió.

Bálamo comprendió que estas palabras encerraban algún secreto que Lorenza no le había revelado aun, y por consiguiente no quiso aventurarse en un terreno desconocido y se contentó con responder con una sonrisa.

— Lo era, repitió la condesa, y faltó poco para que yo fuese víctima de la trama mejor urdida, en que vos habéis tenido alguna parte, conde.

— ¿Yo tener parte en ninguna trama contra vos? ¡Jamás, señora!

— ¿Pues no sois vos el que había dado el filtro al señor de Richelieu?

— ¿Qué filtro?

— Uno que hace enamorarse perdidamente.

— No, señora; esos filtros los compone el mismo Richelieu, porque hace largo tiempo que conoce la

receta; yo no le he dado más que un simple narcótico.

— ¿De veras?

— Palabra de honor.

— Y decidme: ¿qué día estuvo el señor duque á pedir ese narcótico? Recordad bien la fecha, caballero, porque es importante.

— Fué el sábado último, señora; la víspera del día en que tuve la honra de enviaros por conducto de Fritz la esquela en que os suplicaba tuvieseis la bondad de ir á buscarme á casa del señor de Sartines.

— ¡La víspera de ese día, exclamó la condesa, fué cuando el rey se trasladó á casa de la chica de Taverny! ¡Oh! todo lo comprendo ahora.

— Entonces sabréis que yo no he hecho otra cosa sino dar el narcótico.

— Sí, y ese narcótico nos ha salvado.

Bálamo esperó, porque no sabía de qué se trataba.

— Mucho me alegro, señora, respondió, de haberos sido útil en algo, aunque sin intención.

— ¡Oh! sois para mí un amigo excelente; pero aun podéis hacer en mi favor más que lo que hasta ahora habéis hecho. ¡Oh! doctor, poéticamente hablando, he estado muy mala y me cuesta trabajo creer que me hallo en la convalecencia.

— Señora, dijo Bálamo, no extrañéis que el médico, puesto que lo hay, averigüe los pormenores de la enfermedad que debe curar. Servíos, pues, informarme con exactitud de lo que habéis sentido, sin olvidar ningún síntoma, á ser esto posible.

— Nada más sencillo, querido doctor, ó querido hechicero, como gustéis. La víspera del día en que se administró vuestro narcótico, S. M. no quiso acompañarme á Luciennes, alegando para quedarse en Trianón que estaba cansado; pero después supe que mi men-

tiroso rey quería cenar con el duque de Richelieu y el barón de Taverney.

— ¡ Ah ! ; ah !

— Ahora lo entendéis, ¿ no es verdad ? Durante la cena dieron al rey el filtro de amor, y como sabían que estaba enamorado de la señorita de Taverney y que no iría á verme á la mañana siguiente, es claro que querían obrase en favor de esa chica.

— ¿ Y qué mas ?...

— Que obró el filtro.

— ¿ Y qué sucedió entonces ?

— Difícil es saberlo de un modo positivo. Sin embargo, personas bien informadas dicen que vieron que S. M. se dirigía hacia el departamento de la servidumbre, es decir, hacia la habitación de la señorita Andrea.

— Sé dónde vive ; ¿ y luego ?

— ¿ Qué ejecutivo sois, conde ! Luego... sabed que es peligroso seguir á un rey que se recata de las miradas de otro.

— ¿ Pero en fin ?

— En fin, lo único que puedo deciros es que S. M. en medio de la tormenta espantosa que hizo aquella noche volvió á Trianón pálido, temblando y con una calentura que le hacía delirar.

— ¿ Y creéis, preguntó Bálamo sonriéndose, que el rey no sólo tenía miedo de la tormenta, sino de alguna otra cosa ?

— Sí, porque el ayuda de cámara le oyó exclamar varias veces : « ¡ estaba muerta ! ; muerta ! »

— ¡ Oh ! exclamó Bálamo.

— Sin duda era el narcótico, continuó la Dubarry ; y como después de los muertos, nada causa tanto miedo al rey, como la imagen de un cadáver, y encon-

tró á la chica de Taverney dormida de un modo extraño, habrá creído que estaba muerta.

— Sí, sí, muerta en efecto, dijo Bálamo acordándose de que había huído del lado de Andrea sin despertarla ; muerta, ó á lo menos con todas las apariencias de la muerte. ¿ Y qué más, señora, qué más ?

— Nadie ha sabido pues lo que sucedió aquella noche, ó más bien al principio de ella. Lo cierto es que al rey le entró una calentura muy fuerte, y acometieronle estremecimientos nerviosos que no se le quitaron hasta la mañana siguiente, cuando la Delfina tuvo la idea de mandar abrir las ventanas de la regia estancia, y mostrar á S. M. un hermoso sol iluminando varios semblantes risueños. Entonces desaparecieron las visiones que le habían martirizado aquella noche ; á eso de medio día se sintió mejor el rey, tomó un caldo, se comió un alón de perdiz, y por la tarde.....

— ¿ Y por la tarde ?... repitió Bálamo.

— Por la tarde, continuó la Dubarry, no queriendo sin duda S. M. permanecer en Trianón, donde tanto miedo había pasado la víspera, fué á verme á Luciennes, donde conocí aquella noche, mi querido conde, que el señor de Richelieu es casi tan brujo como vos.

El aire de triunfo que tomó la cara de la condesa, su expresión llena de gracia y de malicia, terminaron su pensamiento y tranquilizaron completamente á Bálamo respecto del poder que la favorita ejercía aun sobre el rey.

— ¿ Según eso estáis contenta de mí, señora ? dijo.

— Entusiasmada, conde, os lo juro, porque me habéis dicho la verdad cuando me hablasteis de las imposibilidades que habíais creado.

Y diciendo eso le alargó, en prueba de gratitud, aquella mano tan blanca, tan suave y tan perfumada,

que no era tan fresca como la de Lorenza, pero cuyo calor tenía también su elocuencia.

— Ahora voy á hablar de vos, conde, dijo.

Bálsamo se inclinó como un hombre que está pronto á escuchar.

— Si me habéis preservado de un gran peligro, continuó la Dubarry, creo que también yo á mi vez os he salvado de un peligro no pequeño.

— Yo, dijo Bálsamo, no tengo necesidad de eso, para estaros reconocido ; sin embargo, ¿ tenéis la bondad de decirme ?.....

— Sí, aun andamos con el cofrecito á vueltas.

— ¿ Pues qué hay, señora ?

— Que contenía muchas cifras que el señor de Sartines ha mandado traducir á todos sus empleados, los cuales han firmado su traducción respectiva, y todas las traducciones han dado el mismo resultado. De manera que el señor de Sartines ha llegado esta mañana á Versalles, cuando yo estaba allí, con todas aquellas traducciones y el diccionario de las cifras diplomáticas.

— ¡ Ah ! ah ! ¿ y qué ha dicho el rey ?

— Al principio se sorprendió, luego se asustó. S. M. oye fácilmente cuando le hablan de peligro, pues desde la puñalada dada con el cortaplumas de Damiens, todo el que dice á Luis XV : ¡ tened cuidado ! logra lo que intenta.

— ¿ Es decir que el señor de Sartines me ha acusado de conspirador ?

— Primeramente el señor de Sartines ha tratado de hacerme salir, pero me negué á ello declarando que, como era la persona más adicta al rey, nadie tenía el derecho de hacerme salir cuando se le hablaba de correr riesgo. El señor de Sartines ha insistido, pero me he quedado, porque el rey dijo sonriendo y mirán-

dome de cierto modo que yo conozco muy bien : « Dejadla que se quede, Sartines, que hoy no puedo negarle nada. » Entonces, ya comprenderéis, conde, que acordándose el señor de Sartines de nuestra última despedida formulada tan claramente, temió desagradarme acusándoos. Por consiguiente la tomó con la mala intención del rey de Prusia respecto de la Francia, y con las disposiciones de los ánimos á servirse de cosas sobrenaturales para facilitar la marcha de su rebelión. En una palabra, ha acusado á muchas personas, probando con las cifras en la mano que eran culpables.

— ¿ Y de qué ?

— ¿ De qué ?... Conde, ¿ debo revelar un secreto de Estado ?.....

— Que es nuestro secreto, señora. ¡ Oh ! nada arriesgáis, pues ya conoceréis que tengo interés en no hablar de él.

— Lo sé, conde, y que lo tenéis grande en no hablar de él ; por lo mismo voy á deciroslo. El señor de Sartines ha querido probar que una secta, grande, poderosa, formada de adeptos valerosos, diestros y decididos, minaba sordamente el respeto debido á S. R. M. esparciendo ciertas voces acerca del rey.

— ¿ Qué voces ?

— Diciendo, por ejemplo, que S. M. quería matar de hambre á su pueblo.

— ¿ Y qué ha contestado el rey ?

— Lo que siempre, una chanza.

Bálsamo respiró.

— ¿ Y qué chanza fué ? preguntó.

— Ha dicho : « Ya que me acusan de matar de hambre al pueblo, respondamos á esa acusación alimentándolo. »

— ¿De qué modo, señor? preguntó el señor de Sartines.

— Yo me encargo de alimentar á todos los que propalan esas voces, me ofrezco á proporcionarles habitación en la Bastilla.

Bálsamo sintió correr por sus venas un ligero estremecimiento, pero preguntó sonriendo:

— ¿Y qué más?

— En seguida me miró el rey sonriendo como para pedirme consejo. « Señor, le dije, no podrán jamás hacerme creer que todas esas cifras negras que os trae el señor de Sartines, quieren decir que sois un mal rey. » Al oír esto, el subdelegado de policía hizo una exclamación de sorpresa; y yo añadí: « Como tampoco me podrán probar jamás que los empleados de la Cancillería saben leer. »

— ¿Y qué ha dicho á ese el rey, condesa? preguntó Bálsamo.

— Que muy bien podía yo tener razón, pero que tampoco le faltaba al señor de Sartines.

— ¿Y entonces?

— Entonces se extendieron varios mandamientos de prisión, entre los cuales ví claramente que el señor de Sartines procuraba deslizar uno acerca de vos; pero no cedi y le contuve con una palabra: « Caballero, le dije en voz alta y en presencia del rey, prended á todo París si se os antoja, porque eso es propio de vuestro empleo; ¡pero cuidado con tocar á ningún amigo mio! »

— ¡Oh! oh! dijo el rey; mirad, Sartines, que se va enfadando.

— Pero, señor, el interés del reino.....

— ¡Oh! le dije furiosa, tened presente que ni vos sois un Sully ni yo una Gabriela.

— Señora, se trata de asesinar al rey, como asesinaron á Enrique IV.

El rey se puso pálido, empezó á temblar y se pasó la mano por la frente. Me creí derrotada, y dije: « Señor, dejad al subdelegado de policía obrar á sus anchuras, porque sin duda han leído sus dependientes en estas cifras que yo también conspiro contra V. M. » Y me salí; pero como esto sucedía al día siguiente de haber tomado el rey el filtro, querido conde, prefirió estar conmigo, y corrió tras de mí diciéndome: « ¡Ah! no os enfadéis, condesa. »

— Pues echad de aquí á ese hombre, señor, porque huele á cárcel.

— Vamos, señor de Sartines, idos, dijo el rey encogiéndose de hombros, y yo añadí:

— Os prohibo, no sólo que os presentéis en mi casa, sino que me saludéis siquiera.

Nuestro magistrado perdió la chabeta, se acercó á mí y me besó la mano con humildad, diciéndome: « Bien, señora, no hablemos más sobre esto; pero seréis causa de que se pierda el Estado. Ya que os empeñáis en ello, respetarán mis agentes á vuestro protegido. »

Bálsamo se quedó profundamente pensativo.

— ¡Cómo! dijo la condesa, ¿conque no me dais las gracias porque os he evitado que conozcáis la Bastilla, lo cual tal vez sería injusto, pero no muy agradable?

Bálsamo nada contestó; lo que hizo fué sacar del bolsillo un frasquillo lleno de un licor encarnado.

— Tomad, señora, dijo; en cambio de la libertad que vos me dais á mí, yo os doy veinte años más de juventud.

La condesa se guardó el rasquito en el seno, y se marchó sumamente contenta.

Bálsamo se quedó pensativo, y luego dijo :

— Quizá se hubieran salvado, á no ser por la coquetería de una mujer : una cortesana los precipita al más profundo abismo con su delicado pie. ¡ Está visto que Dios nos protege !

## XXVI

## La sangre

Apenas se había cerrado la puerta por donde salió la Dubarry, cuando ya subía Bálsamo por la escalera excusada, y entraba en el cuarto de las pieles.

La conversación con la condesa había sido larga, y él tenía mucha prisa por dos causas : la primera, por el deseo de ver á Lorenza, y la segunda, por el temor de que esta joven estuviese fatigada ; porque, en la nueva vida que le había dado, si bien no cabía el fastidio podía fatigarse mucho, como le sucedía á veces, al pasar del sueño magnético al éxtasis. Al éxtasis casi siempre sucedían crisis nerviosas que hacían sufrir horriblemente á Lorenza, si la intervención del fluido reparador no iba á establecer un equilibrio satisfactorio entre las diversas funciones del organismo.

De consiguiente, así que Bálsamo volvió á cerrar la puerta, fijó con rapidez la vista en el canapé en que había dejado á Lorenza.

Ésta no estaba ya allí : pero la rica manteleta de cachemira bordada de flores de oro con que se cubría, estaba sobre los almohadones como para atestiguar que su dueño había permanecido en aquel aposento y reposado sobre aquel mueble.

Bálsamo se quedó inmóvil, con la vista clavada en el canapé solitario. Quizá Lorenza se había sentido incomodada por un olor extraño que parecía haberse